

cia tí las manos, oh Reina Clementísima, y tú los salvas. Yo también vengo para que me auxilies contra el demonio con tu brazo poderoso.»

Tal es, hermanos míos, la oración de este santo admirable; sea también la nuestra en la hora de la prueba y del peligro.—Así SEA.

Propter hoc dabit eos usque in tempus in quo parturitus parietis, et sic
pudicis fructum et conservabitur in illis labor et stabit et pariet in lor
titulus Domini, hoc est et conservabitur, quia non magnificabitur usque
et servabitur usque in tempore.

16. 1664. 3. 3.

Propter hoc dabit eos usque in tempus in quo parturitus parietis, et sic
pudicis fructum et conservabitur in illis labor et stabit et pariet in lor
titulus Domini, hoc est et conservabitur, quia non magnificabitur usque
et servabitur usque in tempore.

16. 1664. 3. 3.

Propter hoc dabit eos usque in tempus in quo parturitus parietis, et sic
pudicis fructum et conservabitur in illis labor et stabit et pariet in lor
titulus Domini, hoc est et conservabitur, quia non magnificabitur usque
et servabitur usque in tempore.

16. 1664. 3. 3.

Propter hoc dabit eos usque in tempus in quo parturitus parietis, et sic
pudicis fructum et conservabitur in illis labor et stabit et pariet in lor
titulus Domini, hoc est et conservabitur, quia non magnificabitur usque
et servabitur usque in tempore.

16. 1664. 3. 3.

VIAJE A BELÉN

DÍA DOCE

ARTÍCULO V

LA SAGRADA ESCRITURA

Cumque prope esset ut ingrederetur, dixit uxori suæ: Novi quod pulchra sis mulier, et quod cum viderint te dicturi sunt: uxor illius est, et interficient me et te reservabunt. Dic ergo, obsecro te, quod soror mea sis, ut bene sit mihi propter te, et vivat anima mea ob gratiam tui.

Genes., XII, 11.

Præparare in occursum Dei tui, Israël; quia ecce formans montes et creans ventum et annuntians homini eloquium suum.

Amos., IV, 12.

Egredere de terra tua, et de cognatione tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstravero tibi. Faciamque te in gentem magnam, et benedicam tibi, et magnificabo nomen tuum. Benedicam benedicientibus tibi, et maledicam maledicentibus tibi, atque in te benedicentur universæ cognationes terræ.

Genes., XII, 1-3.

Et tu Bethleem Ephrata parvulus es in millibus Juda, ex te mihi egredietur qui sit dominator in Israël, et egressus ejus ab initio, a diebus æternitatis.

Mich., V, 2.

Propter hoc dabit eos usque ad tempus, in quo parturiens pariet: et reliquæ fratrum ejus convertentur, ad filios Israël et stabit et pascet in fortitudine Domini Dei sui, et convertentur, quia nunc magnificabitur usque ad terminos terræ et erit iste pax.

Id. Ibid., 3-5.

Tollens se angelus Domini qui præcedebat, abiit, et cum eo pariter columna nobis illuminans noctem.

Exod., XIV, 19.

Factum est autem in diebus illis exiit edictum a Cæsare Augusto, ut describeretur universus orbis. Hæc descriptio prima facta est a præside Syriæ Cyrino, et ibant omnes ut profiterentur singuli in suam civitatem. Ascendit autem et Joseph a Gálilæa de civitate Nazareth in Judæam in civitatem David quæ vocatur Bethleem, eo quod esset de domo et familia David; ut profiteretur cum Mariæ desponsata sibi uxore prægnante.

Luc., II, 1-5.

Non erat eis locus in diversorio.

Id., Ibid., 7.

Non accedet ad te malum; quoniam angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis.

Psal., XC, 10-11.

In manibus portabunt te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum. Cum ipso sum in tribulatione: eripiam eum, et glorificabo eum.

Id. Ibid., 12 y 15.

In propria venit, et sui eum non receperunt.

Joan., I, 11.

Hospitalitatem nolite oblivisci, per hanc enim placuerunt quidem, angelis hospitio receptis.

Hebr., XIII, 2.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. En el noveno mes se predicó un edicto del Emperador, ordenando un empadronamiento general, es decir, que todos los súbditos debían inscribirse en su pueblo natal. Quiso, pues, José, ir á la ciudad donde había nacido, es decir, á Belén y como no ignoraba que estaba cercano el día del parto de la Virgen, la llevó consigo. Emprendió, pues, María ese lejano viaje, porque Belén no dista de Jerusalén más que cinco ó seis millas, y se pusieron en camino como unos simples mercaderes. (*San Bonavent. Med. vit. Christ. c. 2.*)

II. Cuando hubieron llegado á Belén, como eran pobres y eran muchos los pasajeros que allí se encontraban por la misma causa que José, les fué imposible encontrar albergue ni posada. Digna de lástima es nuestra buena madre, que siendo tan joven y delicada, puesto que apenas acababa de cumplir los quince años, y en su estado de cansancio y avergonzada de encontrarse en medio de una multitud tan numerosa, pedía un asilo donde descansar y no lo encontraba. Ella y su esposo se veían despedidos sin piedad y se vieron obligados á refugiarse en una gruta donde se refugiaban los viajeros cuando les sorprendía la tempestad. (*Id. Ibid.*)

III. Se publicó un edicto de César Augusto mandando que se hiciera un empadronamiento general en todo el imperio. ¡Cuántos misterios en tan pocas palabras! Apenas concebido Jesús en el seno de una virgen, fué cuando Augusto ordenó el primer empadronamiento del imperio. José se halla junto á María, ya como su sostén, ya como testigo de cuanto debe acontecer; no porque necesitase la Virgen de algún auxilio ni que reclamase su

asistencia el niño que estaba próximo á nacer, sino porque era necesaria su presencia para ocultar el misterio de esta unión virginal, para que pasase la Virgen como una mujer común y se ocultase al demonio el secreto del nacimiento de Jesús. (*S. Athanas. in descript. Deipar. apud Surium*).

IV. Ordenó Augusto un empadronamiento, y cuando María y José llegan á Belén con el fin de empadronarse, nació el Cristo y se cumplieron los oráculos. ¿Por qué no era la Virgen de Belén y habitaba en esa ciudad? Siquiera, delicada como era y próxima á su alumbramiento, se hubiera evitado las penalidades de un viaje tan largo. Dios ocultaba bajo un impenetrable misterio sus designios de favorecer á los suyos y apartar de sí á los que no le amaban. No véais con indiferencia las amarguras que pasó María en estas circunstancias. Considerad que se hallaba en la víspera de su alumbramiento y que tuvo que emprender un viaje largo para ir entre gentes extrañas, y tened presente que además de ser de una constitución muy delicada, estaba acostumbrada á la vida interior y no se hallaba entre la multitud, á pesar de ser la más prudente y dulce de todas las mujeres. (*Santo Thomas arch. Valent. conc. in Christ. Nativit.*)

V. Como José, su esposo, era un hombre justo y no quería divulgar este secreto, resolvió hacerla salir sin aparatos. Estaba unido con una extranjera y no formaba con ella sino un mismo cuerpo; y el edicto se decía que no sólo se castigaría al delincuente, sino que también al cómplice. ¿Cómo, pues, se llama á José justo, cuando callaba lo que él creía una falta? María es quien nos explica que convencido José de su castidad y sin poder comprender lo que pasaba, tomó el partido de callar y esperar, porque ignoraba el misterio que se cumplía en María.

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Este viaje nos presenta tres consideraciones admirables relativas á María.

Nos ofrece también tres consideraciones relativas á nuestra conducta.

I. Consideraciones relativas á María.

1º La obediencia con que se preparó para el viaje. El emperador Augusto, para satisfacer su ambición y amor propio, dispuso un empadronamiento en todo su imperio, y quiso que cada individuo se inscribiera con los miembros de su tribu. David nació en Belén y sus descendientes miraban esa ciudad como su población natal y la cuna de su casa. Allí fué donde María y José, descendientes los dos de la familia de David, debieron inscribirse. Grandes y poderosas eran las razones que podían alegar para dejar de obedecer una orden que era para María tan intempestiva. Eran pobres, el invierno hacía sentir ya sus fuertes rigores, el viaje era largo y la situación de la Virgen muy delicada para ponerse en camino entre montañas.

2º La resignación con que sufrió el viaje, que duró cinco días, sin exhalar una sola queja.

3º Las privaciones y humillaciones porque pasó al llegar. Las posadas estaban llenas de viajeros y no se abrió para ella ni una puerta hospitalaria, porque el aspecto de pobreza de la pareja manifestaba que no podía pagar sino una pequeña retribución; rechazada por todas partes, se vió obligada á refugiarse en un establo.

II. Consideraciones prácticas relativas á nuestra conducta.

Dios dispensa sabiamente los bienes y los males de

esta vida. Los que están elevados tienen sus contrariedades; los de la clase íntima sus humillaciones y desprecios; el mundo es caprichoso é inconstante; el retiro penoso y enojoso.

1º Todo lo que pasa aquí abajo, está dispuesto por Dios.

2º Su voluntad lo arregla todo con sabiduría, y blasfemar contra la adorable providencia de Dios es creer que los acontecimientos humanos, por pequeños que sean, son hijos de la casualidad ó del capricho.

3º Esta voluntad todopoderosa y sabia, es además benéfica para nosotros y sólo tiende á nuestro bien.

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. El tiempo, cuya marcha no puede detenerse, había por fin llegado; los oráculos del Mesías iban á cumplirse; el poder de Roma estaba en su apogeo, como lo había predicho Balaam, y según la gran profecía de Jacob, el cetro se había escapado de las manos de Judá, porque el fantasma de dignidad real que dominaba aun á la ciudad santa, no era siquiera un simulacro nacional. Entonces fué cuando se publicó en la Judea un edicto de César Augusto, mandando practicar un empadronamiento de todos los pueblos sujetos á su dominio. Dicho padrón era mucho más exacto y completo que el que se había hecho en el sexto consulado del sobrino de Julio César, pues comprendía no solamente á las personas, sino los bienes y las diversas calidades de las tierras; tal era la base sobre la cual se quería fijar el tributo de la servidumbre.

Cada uno de los gobernadores romanos en su departamento, quedaron encargados de la ejecución del edicto imperial. Sexto Saturnino, gobernador de Siria, comenzó desde luego por la Fenicia y la alta Siria, comarcas ricas y populosas que exigieron un largo y minucioso trabajo. Puede dar una idea de este padrón el que Guillermo el conquistador mandó hacer en nuestra Europa mil años después, con el fin de formar el famoso registro tan conocido de los ingleses con el nombre de *Doomsday-book*. Después de haber ejecutado las órdenes de César en el imperio romano, y en los reinos y tetrarquías que dependían de él, tres años después del decreto, llegó á Belén precisamente en la época del memorable nacimiento del Salvador, César y sus agentes, al practicar la averiguación acerca de la

población y de los recursos del imperio, sólo creyeron hacer una operación administrativa, pero Dios tenía otros designios que ellos ejecutaban sin saberlo. Su hijo debía nacer en Belén, la humilde patria del rey David, porque así lo había revelado por medio de su profeta más de setecientos años antes, y he aquí la razón de que todo el universo se conmovía para que se realizara esta profecía.

Parece que los judíos, siguiendo una costumbre antigua, se inscribían por familias y por tribus. Habiendo nacido David en Belén, sus descendientes miraban aquella pequeña ciudad como su país natal y el origen de su casa; por lo mismo se reunieron allí, para manifestar el estado de sus bienes y decir sus nombres, conforme lo prevenía el edicto de César.

El otoño estaba próximo á concluir, los torrentes se de-bordaban con gran ruido al fondo de los valles, el viento del norte soplaba en los elevados terebintos, y el cielo, cargado de cenicientas nubes, anunciaba la estación de las nieves. En una mañana triste y sombría del año 748 de Roma, se vió á un nazareno muy afanado en los preparativos de un viaje, que sin duda no podía diferir, pues que la ocasión sería inoportuna; y la joven que le acompañaba y á quien hacía sentar con precaución sobre la suave cabalgadura que usan todavía las hijas del Oriente, estaba muy adelantada en su embarazo. De la silla del hermoso animal sobre que iba sentada la joven galilea, pendía una cesta de ojas de palma que contenía las provisiones para el viaje, la cual se componía de dátiles, lijos y racimos secos, algunos panes de cebada y una jarra de barro de Ramla, para sacar agua de la fuente ó de la cisterna; y otra construida en Egipto estaba suspendida del lado opuesto. El viajero se echó á la espalda un saco que contenía algunos vestidos, ciñóse con una faja la cintura y envolvióse en un manto de piel de cabra, empuñando en una mano su palo curvo y tomando con la otra la brida del jumento que conducía á su joven esposa. Así abandonaron su pobre casa que por sí sola quedaba segura, y atravesaron las estrechas calles de Nazareth en medio de sus parientes y de los vecinos que les gritaban de todas partes: *Id en paz*. Esos viajeros que emprendían su marcha en una nebulosa mañana de invierno, eran los humildes descendientes de los grandes reyes de Judá, José y María, que obedientes á la orden de un pagano extranjero, iban á inscribir sus oscuros nombres al lado de los más ilustres del reino.

Ese viaje, verificado en una estación rigorosa, y atravesando un país como la Palestina, debió ser sumamente penoso para la Santa Virgen en la situación en que se hallaba; y sin embargo, no se oyó salir de sus labios una sola queja. Esta joven tierna y delicada, tenía un espíritu fuerte y animoso, una alma elevada; que no se enorgullecía con las grandezas, que sabía moderarse en la alegría y aceptaba en silencio el infortunio. José, que caminaba pensativo á su lado dirigiéndose hacia Belén, donde lo conducía la voluntad suprema de un romano, meditada sobre los antiguos oráculos que prometían hacia cuatro mil años un salvador á su pueblo; y pensaba en las palabras de Micheas: "Y tú, Belén, llamada Efrata, eres pequeña entre las ciudades de Judá; pero de tí saldrá el que debe reinar en Israel." Dirigiendo después una ojeada sobre su pobre equipasjeu y

modesta compañera, cuyo sencillo traje correspondía á su humilde condición, recordaba en su espíritu los grandes oráculos de Isaías: "Él se elevará á la vista del Señor como un vástago que sale de una tierra seca; no tendrá hermosura ni esplendor..... nos ha parecido un objeto de desprecio, el último de los hombres." Y el patriarca empezaba á comprender los designios de Dios sobre su CRISTO.

Después de cinco días de una marcha penosa, los viajeros divisaron á lo lejos Belén, la ciudad de los Reyes, situada sobre una elevada eminencia en medio de risueñas colinas plantadas de viñedos, de olivos y de bosquecillos de encinas. Camellos que conducían á mujeres envueltas en mantos de púrpura y con la cabeza cubierta de velos blancos; hacaneas árabes, agujoneadas por jóvenes caballeros espléndidamente vestidos y grupos de ancianos montados sobre blancas pollinas, conversando gravemente como los antiguos jueces de Israel, subían á la ciudad de David que ocupaban ya multitud de hebreos llegados los días anteriores. Fuera de la ciudad, aunque poco distante de ella, elevábase un edificio de forma cuadrada, cuyas blancas paredes se destacaban del verde claro de los olivos que cubrían la colina, se le hubiera tomado por un gran parador de la Persia, pues en su espacioso patio se veía discurrir en todas direcciones una multitud de esclavos y criados; era en efecto una posada. José, haciendo apresurar el paso á la cabalgadura de la Virgen, se dirigió á ese lado esperando llegar á tiempo de conseguir uno de aquellos aposentos, que de derecho pertenecían al que llegase primero, y que á nadie se rehusaban; pero la posada estaba llena de mercaderes y de viajeros, no quedando siquiera un lugar disponible; tal vez á precio de oro no hubiera sido difícil hallarlo, pues el mesonero era judío y judío de Belén; y José era pobre.

El patriarca volvió melancólico al lado de María, quien le recibió con una sonrisa de resignación, y tomando de nuevo las riendas del pobre animal rendido por la fatiga, comenzó á recorrer, aunque en vano, las plazas y las calles de la pequeña ciudad, con la esperanza de que algún paisano caritativo le ofreciese asilo por amor de Dios. Nadie lo hizo. El viento de la noche era frío y penetrante; la tierna Virgen lo sufría sin proferir ni una sola queja; pero á cada paso se iba poniendo más y más pálida: apenas podía sostenerse José, muy afligido, continuaba sus infructuosas tentativas; y ¡ay! más de una vez vió abrirse ante un extranjero rico la puerta que bruscamente le acababan de cerrar á él. Era necesario que el interés, esa pasión dominante de los judíos, hubiese petrificado todas las almas, para que la situación de María no inspirase compasión alguna á sus codiciosos compatriotas. Se acercaba la noche; viéndose rechazados los dos esposos de todas partes y desesperando de encontrar un asilo en la ciudad de sus mayores, salieron de Belén sin saber á dón de dirigir sus pasos, y se encaminaron á la campiña alumbrada por los pálidos resplandores del crepúsculo, donde resonaban los agudos gritos de los chacales que buscaban su presa.

Al Mediodía, y á corta distancia de la ciudad inhospitalaria, se descubría una caverna oscura abierta en la cavidad de una roca: esta caverna, cuya entrada miraba al Norte y que se estrechaba en el fondo, servía de

establo común á los de Belén, y á veces de asilo á los pastores durante las noches tempestuosas del verano. Los dos esposos bendijeron al cielo por haberles conducido á aquel albergue salvaje; y María, apoyándose en el brazo de José fué á sentarse sobre una roca aislada que formaba una especie de asiento estrecho é incómodo en lo más profundo de la cueva.—(*Orsini, la Virgen*).

II. Vuestro seno, oh reina amable, es un templo sagrado ante el que se prosterna el universo entero para adorar al Dios vivo que en él reside. En este santuario inefable es donde ha comenzado la redención del mundo; en él ha tomado nuestra naturaleza el Hijo de Dios, y es donde el esposo divino, descendiendo de los collados eternos, ha encontrado á su casta esposa la Iglesia, y le ha dado el beso tanto tiempo deseado. Allí es en fin, donde se ha erigido el altar en que se han celebrado las nupcias virginales y puras, entre el cielo y la tierra, predichas desde hace tantos siglos. En vuestro seno, ¡oh María! quedó destruida la palabra separación que dividía el cielo y la tierra desde el pecado de nuestros primeros padres; en él se firmó el tratado de paz entre un Dios ofendido y el hombre culpable, en el momento en que vimos aliarse en una misma persona la humanidad y la divinidad. En él ha contraído el gran Eliseo su cuerpo y se ha hecho pequeño para obrar una resurrección maravillosa; en él es donde ha revestido el viejo de los tiempos á su Hijo preferido con un ropaje de distintos colores. Vuestro seno, oh María, es un jardín de delicias, porque de él brotan las mil flores de gozo que perfuman nuestra alma cada vez que meditamos sobre este misterio inefable.—(*San Bernard., in Deprecat ad Virg.*)

III. La virtud del Altísimo bajó del cielo y la cubrió con su sombra, y la Virgen concibió en su seno al Hijo de Dios. Y fué dicho que el niño se llamará Jesús, que significa Salvador. ¿Queréis saber ahora en qué lugar nacerá? (Oid, pues, al profeta Micheas: "Y tú, Bethleem, tierra de Judea, ya no serás la más pequeña ciudad de Judá, porque de tu seno saldrá un jefe que gobernará á mi pueblo." Luego Judá no era sino una aldea de la tierra de Judá, distante treinta y cinco millas de Jerusalén, y allí fué donde nació el Cristo. Esto puede comprobarse con los tributos que fueron impuestos en tiempo del primer Quirino, el pretor de la Judea.—(*San Justino, mártir, Apolog. ad. imp. Anton.*)

IV. Así cuando consideramos á María en el instante de su maternidad, en que llevando al Verbo en sus entrañas, está con Dios en esa unión prodigiosa que llega hasta palpar con un mismo corazón y respirar con un mismo aliento, no debemos creer que esta unión se aflojara cuando le dió á luz, cuando este Dios vivió de su vida propia, humana, evangélica gloriosa. No, esta unión continuó siendo para siempre en la tierra y en el cielo, tan estrecha como lo había sido en el seno de María, hasta el día de su Asunción, que la consumó y coronó por toda la eternidad.

Puede compararse el estado de María en cuanto Madre de Dios, al del Salvador en cuanto hombre Dios. Así como Jesús, fuente y plenitud de la gracia, y la gracia misma increada, estuvo tan lleno de ella, según su humanidad, que obró siempre en este orden sin salir nunca de Él; así Ma-

ría estuvo tan poseída de la gracia de Madre de Dios, que obró siempre en este orden sin salir de Él jamás; y como todas las obras y afecciones humanas de Jesús fueron divinas, siendo de un valor igual al Dios que en Él las hacía, así todas las de la Virgen fueron proporcionadas á la gracia de Madre de Dios, de donde traían su origen y que llenaban su alma.

Debemos ver por tanto en María, Madre de Dios, un objeto sagrado, que todos los siglos contemplan y reverencian como centro de bendición de la Ley antigua y de la nueva: como aquella á quien tendían los antiguos Patriarcas por una fecundidad fundada en el consejo de Dios; y como aquella de quien descienden y á quien pertenecen todos los cristianos por el privilegio que gozan de ser hijos de Dios. — (*Nicolás, la Virgen, según el Evangelio*).

V. Dios ha hablado á los antiguos Patriarcas, ha hablado á Adán, á Noé, á Abraham, á Moisés y á los profetas de Israel; ha hablado á David y á los abuelos de la Virgen María. "*Sicut locutus est ad patres nostros.*"

Ha hablado á Abraham y á su posteridad, para decirles que en el día fijado por sus eternos decretos bajaría de las alturas de su gloria para revestirse de nuestra humana naturaleza. Les dijo que en pago de su fe y amor nacería el hijo de Abraham, hijo de David, hijo de la inmaculada Virgen y ciudadano de las tribus de Israel. He aquí lo que dijo, tal es la afirmación repetida de siglo en siglo, por el espacio de cuarenta siglos, que resume la angusta María al fin de su cántico celestial: "Conforme lo dijo á nuestros padres, á Abraham y á su posteridad durante los siglos."

Que, durante cuatro mil años, haya Dios prometido solemnemente que daría á su Hijo al mundo para salvarlo; que haya dicho á Abraham, Isaac y Jacob que todas las tribus de la tierra serían bendecidas en aquel que nacería de ellos; que esta solemne afirmación se halla reiterado á Moisés y al pueblo de Dios; que la hayan consignado los profetas de Israel en el libro de las antiguas revelaciones; que haya vivido cuatro mil años la casta de Abraham á la sombra de esta divina afirmación, ¿quién se atreviera á negarlo? ¿quién hallaría un sofisma y una blasfemia contra una afirmación grande como el mundo y retumbante como la voz de la humanidad? — (*Combalot, conf. sobre las Grand. de la S. V., conf. 28*).

ARTÍCULO V

PLATICA XII

MARÍA ES EL LAZO DE UNIÓN ENTRE LA TIERRA Y EL CIELO

Hasta ahora hemos basado nuestro culto á María en la autoridad del buen sentido, de las Escrituras, de los hombres cristianos, en el ejemplo de los siglos pasados y en el testimonio de los milagros. Y como si no bastara ese formidable conjunto de pruebas, hemos penetrado en la razón de ser de este culto buscando cuáles son las razones que en el hombre lo reclaman. Hemos visto que estas son tres: la necesidad de amar, la necesidad de esperar y la necesidad de poder. Todo lo dicho no es, sin embargo, más que un principio de cuanto se puede decir. Si penetramos en la teología católica podremos remontarnos muy alto y seguir á María en sus relaciones, primeramente con la Trinidad entera y luego con cada una de las tres personas que la componen. No temáis subir tan alto, porque esas regiones son más claras de lo que ordinariamente se cree; además, los aguiluchos, y en religión lo somos nosotros, deben también como las águilas invadir las regiones del sol.

Nuestra alma, aunque carezca de cultura, lleva consigo el amor á lo grande, y se complace en remontarse algunas veces á la cúspide de la verdad. Empecemos, pues, por establecer el hecho de la *separación* entre el cielo y la tierra, que nunca se conocerá bastante.

Dios, dice la Escritura, después de haber creado el universo, reasumió todas sus partes en un ser racional, al que dió además su semejanza, de modo que en el hombre se reflejaron como en un espejo y á un tiempo mismo, los

cielos y la tierra. El alma del hombre fué el lecho nupcial en que descansaron conjuntamente lo finito y lo infinito, en espera de una unión más estrecha aun, que era la Encarnación. Mas entre estas dos épocas, la debilidad de la mujer y la condescendencia del hombre ocasionaron un rompimiento en la bella armonía que reinaba entre el Criador y su criatura. La tierra y el cielo se separaron para no volver á juntarse, si Dios, cuyas miradas atraviesan el porvenir, no hubiese apercibido á la Virgen de Israel, á la futura Madre del Mesías. Y quiso, en obsequio de esta virgen privilegiada, reanudar sus antiguas relaciones amistosas con la humanidad. Pero ¿qué digo? No quiso Dios renovar el pasado, sino que hizo una alianza mucho más fuerte, mucho más íntima que la primera, y para que el hombre no volviera á alejarse de Él, se hizo hombre Él mismo, tomando un cuerpo y una alma en el seno de María. Así fué como se cumplió para confusión suya la irónica promesa hecha por el demonio á la primera mujer: «Seréis como dioses,» les dijo, creyendo burlarse de su credulidad. El hijo de la mujer será más que si fuese como un Dios, porque será Dios mismo. ¿Cómo se realizará este acontecimiento el más notable de la historia? Por la mediación de María. Todo lo había hecho Dios, todo lo hace de nuevo María, dice San Pedro Damiano. En ella y por ella se celebraron las segundas nupcias de la humanidad con la divinidad, y esta vez de una manera indisoluble y sacramental. Sin duda Jesucristo era bastante poderoso para realizar solo la salvación de los hombres, dice San Bernardo, pero no convenía que lo realizara por sí solo. Los dos sexos tuvieron parte en la perdición y los dos debían contribuir á la reparación. Esto en nada disminuye la autoridad de la palabra soberana cuando dice de sí misma: «Yo soy el único Dios, justo y salvador, y no hay otro sino yo: he tendido mis miradas por todas partes, y nadie he visto

que pudiera tenderme la mano. No he recibido auxilios y ayuda más que de mi zelo y de mi brazo.» Dios es ciertamente la causa primera de salud; Jesucristo es la causa segunda y meritoria, la víctima necesaria. Pero para ser víctima necesitaba de una carne, y para ser víctima meritoria necesitaba de una carne inocente y humana. Sólo pudo hallarla en María, la única inmaculada. Bajo este punto de vista es, pues, la fuente de la redención, la madre de la restauración y el lazo de unión entre la tierra y el cielo.

Esta segunda figura de la historia humana camina paralela con la primera. En la primera, ó sea la de nuestra caída, no pecamos en Eva, porque no era la cabeza de la humanidad; pecamos en Adán: «*in unum hominem.*» El fué el principio de la caída original: Eva sólo presentó la ocasión. En la segunda, la de la rehabilitación, un hombre, Jesucristo, fué el manantial del perdón. María no fué sino la ocasión de ella, como lo fué Eva en la caída. Pero así como Adán y Eva caminan siempre juntos en la historia y en las maldiciones de la posteridad, así también Jesucristo y María van siempre acompañados en nuestras oraciones y acciones de gracias; el hijo nos hace pensar en la madre, y la madre nunca va sin acompañar á su hijo.

Grato es ver cómo se esfuerzan los Padres de la Iglesia en ensalzar á cual mejor el título de mediadora que dan á María. La llaman unos la *farmacia* divina, en la que se elaboró el remedio de nuestros males; élixir de salud, paraíso cerrado del que brotó la fuente de agua viva, y en el que la tierra quemada retoñó nuevo verdor; tabernáculo místico á cuya sombra quiso el gran sacerdote Jesús revestirse con el hábito de nuestra humanidad antes de ofrecer á Dios, su padre, el sacrificio de la expiación; *cancillería* en la que se sellaron las cartas de nuestra redención con el sello divino del Cordero. Todos

los sermones de estos santos sobre la Natividad son himnos de entusiasmo en que el amor y la gratitud brotan en cada renglón. Oíd lo que dice San Epifanio: «Acabáis de abrir en María un puerto seguro para los que navegan en el mar tempestuoso del mundo, sin saber dónde podrán anclar. Nazareth ha venido á ser el paraíso terrenal en donde el Dios Todopoderoso ha perfeccionado la creación y puesto la última mano en su obra.» No se concreta á esto el papel que desempeña María; hubiera sido harto pasivo, y Dios se complace en que se le asegunde con libertad. Por esto la vemos tomar una parte activa en todas las escenas de la obra de la Redención. Desde un principio consiente en la venida del Salvador, le abre su seno y le presta su sangre. En el último acto del drama la encontramos en pie junto á la cruz del Calvario, consintiendo en este sacrificio que le valió el título de reina de los mártires, porque nada puede ser tan doloroso para una madre como dar la sangre de su hijo. Otras consideraciones pudiéramos hacer resaltar en favor de nuestra tesis, pero nos extenderíamos demasiado, y deseo ya llegar á la conclusión práctica de nuestra plática. Os relataré, pues, una historia que os agradará sin duda. El autor que me la contó á mí, me aseguró que es auténtica.

Lo que voy á contar acaeció en la diócesis de Langres: Existía en esa ciudad una señora que admiraba á todos por su vida mortificada y llena de profunda piedad. Parece santa, decían el sacerdote y los fieles al verla pasar. Mas no decían lo mismo de ella los ángeles de Dios, que la consideraban como un diablo. Con efecto, bajo un exterior religioso ocultaba una conciencia verdaderamente negra. Cierta falta que había cometido hacía muchos años y que nunca se atrevía á decir á su confesor, torturaba su alma y aglomeraba sobre su conciencia sacrilegio sobre sacrilegio. Con frecuencia pedía á la Santísima Virgen

la fuerza necesaria para hablar á su confesor de esa falta, y se acercaba al confesionario para llevar á cabo su resolución..... mas siempre la detenía un falso temor de perder su reputación, y se levantaba del confesionario cada vez más desesperada y cada vez más culpable. Cayó enferma, recibió los últimos sacramentos y murió sin haber confesado su falta. Pocos instantes después se hallaba en la presencia de Dios, y los demonios se aprestaban para apoderarse de su presa, cuando se presentó repentinamente María: «Hijo mío, le dijo á Jesucristo, me ha amado tanto esta alma, que os suplico la perdonéis.»—«¿Ignoráis acaso, Madre mía, todos los sacrilegios que ha cometido? Mas como nada puedo negaros, la permito regresar á su cuerpo y confesar su falta.» Con grande admiración de su hija y de sus criados, resucitó la muerta, hizo llamar á un sacerdote y se confesó. Se esparció la noticia y se agolpó á la casa una numerosa multitud de vecinos. La muerta en pie, en el lecho mortuario, confesó su crimen y el gran favor que debía á María; luego se cerraron sus ojos, se dejó caer en el lecho y quedó tendida. Esta vez murió para subir al cielo, gracias á la reconciliación del cielo con la tierra.

¡Ojalá que nuestro fin sea como el suyo!—ASÍ SEA.